

CARTA ABIERTA AL NUEVO PRESIDENTE

Rosa María Torres

Este artículo fue escrito y publicado en vísperas de las elecciones presidenciales de 1992 en el Ecuador. Diez años más tarde, no sólo sigue teniendo plena vigencia sino que la situación de la educación se ha deteriorado y se ha vuelto más crítica y más compleja a lo largo de esta última década. Valga entonces desempolvar esta carta hoy, remozada con dos o tres modificaciones menores, en esta segunda vuelta de las elecciones presidenciales del 2002, en las que tercian dos candidatos finalistas: Lucio Gutiérrez y Alvaro Noboa.

Señor flamante Presidente de la República:

Hoy será usted elegido. Nadie sabe aún su nombre ni el de los que compondrán su gabinete. Nadie sabe aún -usted mismo lo ignora- lo que será capaz de hacer durante su gestión de gobierno, lo que cumplirá de lo prometido en campaña, lo que realizará sin haberlo anunciado. Por ello, y antes de que entre usted en la vorágine de los preparativos y del mando, permítame, modestamente, como ciudadana, como madre de familia y como educadora comprometida con la educación de este país, hacerle unas cuantas sugerencias para su política educativa.

- Designe como Ministro/a de Educación a uno de los cuadros más competentes y lúcidos de su gabinete, no al que le sobra o no sabe donde poner, no al que resulta de negociaciones de último momento, no al que carece de méritos propios o ajenos para ubicarse en un lugar más codiciado del reparto de puestos. Tenga presente que buen Ministro de Educación no necesariamente es el que "sabe" de educación sino el que, consciente de sus límites así como del valor del conocimiento y la especialidad, sabe rodearse de un equipo de asesores calificados, sabe consultar y escuchar, sabe delegar y analizar antes de tomar decisiones. Hoy en día, cualquier decisión responsable en materia educativa requiere el concurso de especialistas en muy diversos ámbitos. Más que título y experiencia docente, el buen Ministro requiere otras cualidades indispensables: sentido común, inteligencia, honestidad, sensibilidad social, mística de trabajo, capacidad de negociación y de gestión, humildad para saber aprender, compromiso con los sectores más necesitados y con el futuro del país. Un Ministro que no estudia, que no lee ni se actualiza, que no está convencido de la importancia de la educación, no tiene la fuerza ni la legitimidad para convocar a otros a estudiar, a actualizarse y superarse.

- Rompa con el clientelismo político, uno de los tantos vicios nacionales que ha contribuido a corroer a nuestro sistema educativo. Piense en el país antes que en su partido; piense como estadista, como Presidente electo de un pueblo, no de un único partido. Elija y designe asesores, funcionarios, rectores, supervisores, maestros, no

por su carné político, económico o familiar, sino por sus cualidades y su idoneidad profesional para la tarea. La mediocridad y la incompetencia, como usted bien sabe, sólo pueden generar mediocridad e incompetencia.

- No espere el primer día de gobierno para empezar a actuar. Empiece ya, no quemé ni deje quemar tiempo. Piense que el país espera, que millones de niños, jóvenes y adultos siguen yendo a las aulas mientras sus funcionarios se acomodan, se desperezan, se enteran. Es de políticos maduros pedir información y promover el diálogo con las autoridades salientes, antes que esperar su salida para esculcar errores y buscar culpables. Póngase y ponga a su gente a leer, a estudiar, a prepararse para la gran responsabilidad que le toca asumir. No improvise ni permita las improvisaciones. Es preciso informarse antes de juzgar y, sobre todo, antes de actuar.

- No parta de cero, no niegue ciegamente lo hecho con anterioridad, siguiendo con la conocida tradición de mostrar por todos los medios que el gobierno anterior fue malo, corrupto, ineficaz. Sea firme con aquello que objetivamente requiere discutirse, revisarse, rehacerse; pero no se niegue a reconocer lo bien hecho, lo que merece continuidad, lo que requiere mejoras. La única posibilidad de avanzar es retomando, para perfeccionarlos, los procesos en marcha.

- Priorice a las personas sobre las cosas. Preste atención prioritaria a los maestros, en tanto personas y en tanto maestros. Invierta en su formación, en su calidad de vida y en su calidad docente. Ordene a su Ministro de Finanzas que les pague a ellos primero, a ellos cumplidamente, como corresponde, porque los maestros y maestras son los puntales de un sistema educativo fuerte, porque son ellos los que en última instancia dan forma y materializan contenidos y métodos educativos, porque no hay libro de texto, programa de televisión o computadora capaz de suplir la relación interpersonal con un buen maestro. Décadas de invertir en cosas (cemento, madera, papel, tinta) no han logrado en nuestros países el despegue educativo esperado, tal y como lo reconocen los propios organismos internacionales que contribuyeron a financiar con sus préstamos dichas cosas. Las cosas, en cualquier caso, sólo se justifican en función de las personas que las aprovechan. Tantas aulas, tantos pupitres, tantos libros, tantos lápices, sólo adquieren sentido si se traducen en desarrollo personal y aprendizaje efectivo para niños, jóvenes y adultos concretos.

- Estimule y reconozca la labor del funcionario que cumple, del rector cuyo trabajo es apreciado por sus colegas, del maestro que ama su tarea y sabe enseñar, del estudiante que se esfuerza y triunfa. Sancione y deshágase de los malos elementos, pero no para poner otros, de color distinto, en su lugar. Castigue la corrupción y sea implacable con ella donde la encuentre, pero no para sustituirla ahora con el sello de sus aliados, sino para eliminarla de raíz de las estructuras educativas. Un Ministerio de Educación, en cualquier país del mundo, debe ser ejemplo de aquellos valores que predica el currículo escolar y que pretende inculcar en niños y jóvenes.

- Planifique, como medida para optimizar la acción, no para postergarla indefinidamente. Haga los estudios que se requieran, empezando por el primero y más importante: identificar qué es lo que se requiere, qué es lo que ya se ha hecho, qué lo que falta por hacer. Pero, por encima de todo, actúe. No permita que los programas se queden en el papel, que se confundan los documentos con las realizaciones, que los proyectos sustituyan a los procesos. Vigile el cumplimiento de lo programado, asegure su evaluación, exija resultados, así como la información pública y la responsabilidad frente a los mismos. Sin control, y sobre todo sin control social, las mejores intenciones degeneran y pierden perspectiva.

- Valore, recupere y estimule, en primer lugar, lo nacional: saque a la luz las buenas iniciativas, premie los intentos creadores, las experiencias renovadoras, los talentos y los valores humanos que abundan, inéditos, por doquier. Pero no fomente por ello el chauvinismo que, mezquinamente, en nombre de lo “propio”, rechaza lo que viene de afuera, condenándonos a una miopía que no puede mirar más allá de lo ya conocido, lo local, lo autóctono. Superar el provincianismo que prevalece en el terreno educativo exige empezar a mirar a nuestro alrededor, pedir asesoría especializada a quien pueda darla, aprovechar becas y formar cuadros fuera del país, incorporar bibliografía actualizada a nivel internacional, traducir la producción nacional y leer en otros idiomas, aprender de otros, en fin, para enriquecer nuestra visión y nuestra práctica.

- Si no es bueno rechazar lo extranjero, no es mejor sobreestimarlo. No todo lo extranjero es mejor ni todo lo nacional es bueno. Malos profesionales existen tanto dentro como fuera del país. El experto nacional puede desconocer tanto como el extranjero la realidad nacional. El experto extranjero puede tener mucho más de extranjero que de experto. En ningún caso pueden aceptarse acríticamente las propuestas de los organismos internacionales, propuestas que requieren ser analizadas a la luz de sus implicaciones y de las necesidades específicas de cada país.

- Ponga el tema educativo en el centro de la agenda nacional. Recuerde, al hacerlo, que la educación no tiene únicamente que ver con el Ministerio de Educación sino con todos los ministerios, y que no compete sólo al Estado sino a toda la sociedad. Involucre a todo su gabinete en la discusión del tema educativo, mantenga a la ciudadanía informada, promueva la consulta, el debate, la reflexión permanente con todos los sectores. Estimule el diálogo y la cooperación entre el aparato escolar y las universidades, entre el Estado, los organismos no-gubernamentales, las organizaciones populares y la comunidad. Oiga a todos: a los del propio partido y a los de los demás; a la derecha, al centro y a la izquierda; a alumnos, maestros y padres de familia; a especialistas y no-especialistas. Todos tienen algo que aportar, porque todos tienen un lugar en este país y en su futuro.

- En este mundo de cambio acelerado, poner a nuestro país en la senda de una democracia real más participativa y de un desarrollo sostenido y sustentable, capaz de promover simultáneamente la equidad y la eficiencia, y consolidar la nación fomentando el pluralismo y la valiosa heterogeneidad de nuestro pueblo, implica

asumir con seriedad la formación de los recursos humanos que puedan hacerse cargo de las tareas técnicas, de gestión, de dirección social, así como de plantear una estrategia nacional perdurable. Nuestros ricos recursos naturales serán objeto de expoliación si no desarrollamos ese recurso humano autóctono, único capaz de darle un sentido ecuatoriano y a la vez latinoamericano a nuestro trabajo y nuestras riquezas.

- No tenga miedo al cambio. Dele una oportunidad a la gente joven, a la gente con nuevas ideas. Junte al periodista y al educador, al teórico y al práctico, al maestro y al alumno, al ministro y al padre de familia, al niño y al adulto, al empresario y al dirigente indígena. Promueva el encuentro entre la familia y la escuela, la televisión y el aula, el libro de texto y el periódico, la biblioteca y el telecentro. Estimule la ruptura con lo convencional y con los lugares comunes. Promueva la libre opinión, la expresión propia, la lectura y la escritura para crear, no sólo para reproducir. Fomente la poesía, el arte, el teatro, la música, el baile, no como piezas sueltas de un currículo escolar que hace concesiones a la “cultura”, sino como dimensiones constitutivas de la formación integral de toda persona.

- Asuma, en fin, el desafío de dar un vuelco profundo a la educación nacional, la que se realiza en las aulas y fuera de ellas, la básica y la superior, la común y la especializada. Construir el nuevo modelo educativo que el país necesita exige no maquillajes sino reformas integrales, no proyectos aislados y de corto plazo sino un gran proyecto integrador que avizore el mediano y el largo plazo. Esto requiere no sólo competencia técnica sino mucho trabajo, imaginación y audacia, mucha perseverancia y muchas, muchísimas luchas. Asumir en serio el cambio implica no sólo educar, sino reeducar, actualizar y renovar estructuras mentales. Implica estar preparado para llevar adelante una gran revolución educativa y cultural que va mucho más allá de su gobierno, de su partido y de los cortos plazos de cualquier táctica electoral. Implica pensar y actuar estratégicamente, desde el siglo XXI, hacia el Ecuador del futuro.

Dese prisa. No hay tiempo que perder. El país le agradecerá una buena gestión educativa, más que ninguna otra cosa.